

Alejandro Andrade Coello

ELOY ALFARO

EPINICIO HISTORICO

(Homenaje del autor al Comité Central Eloy Alfaro, creado por Decreto Legislativo, de 8 de Octubre de 1941, y organizado por Decreto Ejecutivo N° 1.405, de 27 de Noviembre del mismo año).

PRIMER CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL
HEROE AMERICANO

QUITO — ECUADOR

TALLERES GRAFICOS DE EDUCACION

1 9 4 2

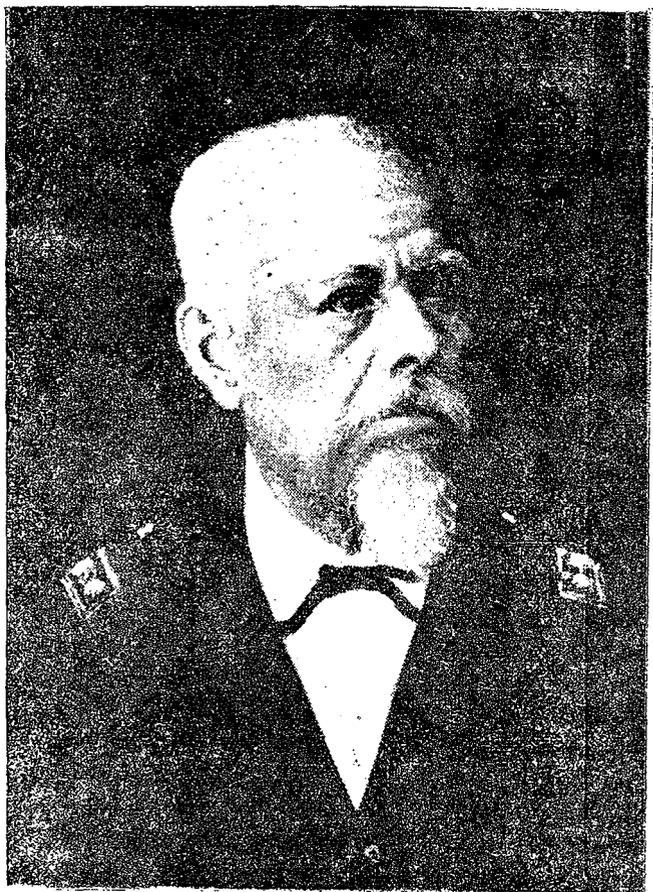
ELOY ALFARO

EPINICIO HISTORICO

POR ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Primer Centenario del nacimiento del

VIEJO LUCHADOR



ELOY ALFARO, EL GRAN PATRIOTA ECUATORIANO

1842—1912.

ELOY ALFARO

En el crisol de la lucha y de los sufrimientos se depuran las almas. Después de este lento pero salvador martirio, en el que, como en una hoguera, se queman hasta las últimas escorias e impurezas, las pasiones, hijas del aplauso exagerado; los insultos, brotes del odio ciego, nacen los hombres y los pueblos a mejor vida, educados en la escuela de los dolores, de los combates morales, de las resistencias físicas y de la amarga experiencia. Al fin, llega la hora de la reparación y de la justicia para los individuos y las colectividades. El hombre abatido, blanco de la inquina, árbol caído para pasto de rudos leñadores, se yergue. Entonces, cual tromba marina, la energía nacional se levanta con el libro de la historia en sus manos; su cólera inunda a los perversos, echa a pique la nave de los corsarios políticos; su santa cólera barre las dunas movedizas de la costa engañadora y se precipita contra los peñascos que obstruyen el camino del progreso, que cierran el puerto de la felicidad de la República; su gratitud, magna como su indignación, canta igualmente, con voces resonantes, los méritos de los buenos ciudadanos.

Épocas ha habido de prueba. Tenaces han sido las resistencias de amigos y enemigos. La querida nación ecuatoriana ha presenciado las boqueadas del régimen antiguo, que, al despedirse, ha lanzado gritos desgarradores y ha escarnecido a la libertad y a sus representantes. El turbión de la prensa todo lo ha enfangado. No ha fulgurado tersa la libertad, sino el libertinaje.

Y en esa tremenda marejada, han naufragado muchas reputaciones. Algunos sufrieron en silencio el pausado desgarramiento de sus entrañas y vieron, al parecer impávidos, el triunfo de los periodistas perversos que pasearon, como Atíla, su horda de calumnias, bajo cuyos brutales casos a las veces no vuelve a retoñar ni una brizna de honra. ¿Por qué, de una parte, tanto desbordamiento de la prensa? ¿Por qué, de otra, defensa tan innoble y ridícula? ¿Por qué la tolerancia personal en los fracasos de las santas reputaciones? ¿Por qué la contienda desesperada y como de fieras en unos pocos, y en los restantes, los impasibles y anti-patrióticos espectadores, actitud tan pasiva, tan poco sancionadora?

Porque se está operando el depuramiento de la idea: porque está formándose la escuela del periodismo. Ya los diarios saldrán del crisol limpios y victoriosos, sin estocadas a la persona, sin propalación de los secretos dramas del hogar, sin satánico sarcasmo, negras invenciones ni desapacibles intolerancias. Con más hábito, con más noble ejercicio, conocerán sus imperfecciones; contarán cuántos son sus malos hijos, que con cuatro líneas quieren consumar asesinatos morales o derrumbamientos de la patria. Mañana vendrá la calma, la bendecida reacción de cordura para el periodismo. Entonces la escoria habrá desaparecido. Con labor de selección, separando a los miembros de la prensa honrada de la indignamente mercantil, a los buenos ciudadanos de los malos, en el concepto y estima sociales, sabrá el país quienes fueran los incontaminados de bajo adulo o cínica mentira. Los protagonistas de la charla nociva, de la dentellada ruin se esfuman ya... En cambio, la intolerancia de cierta prensa todavía está pensando como en la Edad Media y cébase en los muertos...

En uno y otro campo, la libertad, en estos difíciles momentos, ha abierto sus arcas tentadoras. ¿Cuántos, con la falsía en los labios, y el odio en el corazón, han acudido a manchar su conciencia: cuántos han puesto las manos en los tesoros sacrosantos del pensamiento! Pero el pueblo los vio, les conoce ya, no les olvida. La justiciera historia, ajena a las parcialidades, se levantará a decirles con energía: "¡Confundidos ¡oh, menguados periodistas, que no sois dignos de mezclaros con la gente de bien!"

El infortunio, que pone en tortura a los espíritus, suele afligir también a las naciones. Son indispensables las horas de prueba para los apóstoles y las sociedades.

Un venerable anciano, en el ocaso de su vida, cuando las rígidas saetas de setenta inviernos se iban clavando en su corazón; en la época, vecina al sepulcro, en que todos descansan y por doquiera hallan respetos y sonrisas, —Eloy Alfaro— trabajador infatigable a pesar de sus canas y de sus dolencias, fue víctima, aun después de su martirio, no ya sólo en la radiosa vejez, de las despiadadas mordeduras de antiguos amigos y de irreconciliables enemigos, unidos en un sola idea, en la del ataque descomedido al viejo e histórico General, que en su larga vida tiene páginas de luz junto a errores y sombras propios de los humanos, disculpables quizá, si se analiza el medio ambiente y si, con serenidad, se estudian, las circunstancias en que el indomable soldado combatió contra viento y marea. Precisamente en el año del centenario de su nacimiento se le ha insultado con furor en un diario... pobre de espíritu y en el Congreso Nacional...

La historia, en su eterna balanza, pesará los hechos, graduando virtudes y culpas. Ella nos dirá, con la mano en el corazón, cómo se produjeron los fenómenos de la aversión y simpatía, las corrientes en pro y en contra de Alfaro; el haberle llamado algunos, cuando descendió por primera vez del solio presidencial, cadáver político, y otros, jefe indiscutible de un partido de progreso, aunque jefe muy tolerante que no desarraigó férreamente el cáncer religioso que envenenaba la política.

Ningún gobernante ha sido en las crónicas ecuatorianas tan combatido como Eloy Alfaro. Golpes hercúleos de maza sobre su cabeza, aluviones de descrédito encima de su nombre, huracanes de rencor contra su persona. Ahí el no perdonarle ni los actos más indiferentes; ahí el contarle matemáticamente los días de su existencia; ahí el no reconocerle ninguna intención de bondad o de estímulo; ahí, minuto tras minuto, el ansiar que sus restos sean devorados por el fuego, que se hunda en la nada, que le coman los gusanos. ; Oh, el monstruo, el abominable, el execrado! La maldad triunfó un momento: su cuerpo fue a la hoguera; pero su alma surgió, depurada y perennal.

Pero ningún político también, en solemnes momentos históricos para el Ecuador, ha recibido de tirios y troyanos, de azules y rojos, más aplausos, más endiosamiento. Recordad el arribo del ferrocarril a Quito: las Municipalidades de toda la República escribieron en páginas de oro su nombre y formaron con estas preciosas hojas un libro; diversas agrupaciones le enviaron obsequios de valía, y el Ejército nacional le condecoró con ingente medalla artística cuajada de brillantes. Durante 2 largos días, en pomposas sesiones, le estuvieron entregando tan riquísimas prendas, con sendos discursos, literatura encomiástica que llenaría volúmenes, a los que contestaba en frases concisas y expresivas. Recordad de igual modo el mes de Abril de 1910, en el cual, llegó Alfaro a la apoteosis, loado por todos los partidos, con ocasión de los disturbios limítrofes con el Perú. Por calles y hogares, un solo nombre era pronunciado con júbilo y respeto como fundada esperanza de salvación: el de Alfaro. Su viaje a la frontera acabó de sublimarle. Y en verdad que se humedecía de ternura y entusiasmo, la pupila, al contemplar al ilustre anciano con su tradicional sombrero de Jipijapa, su pañuelo de seda roja al cuello, su espada coria al cinto y su revólver al bolsillo, sencillamente dispuesto al combate con más bríos que un doncel de catorce primaveras. Y era el Jefe del Estado un varón enfermo, consumido por la lucha y los sufrimientos, agotado por el exceso de labores, con más de medio siglo de duros inviernos a cuestras, quien se ponía enérgicamente en acción, impulsado por su fuerte alma de espartano. "El viejo dará el triunfo", murmuraban todos con inquebrantable fe, y el soplo de este gran carácter infundía aliento a todos los corazones. ¡Qué épicos momentos aquéllos! El homérico cuadro se desvaneció como pompa de jabón; cesó el himno y se oyó el rugido de la ola política. Pasó la garibaldina visión: Alfaro volvió a ser el Leviatán espantable... Decoraciones fantásticas de dramas orientales no experimentaban cambios tan súbitos. Se le niega hasta la victoria reinante de la inhibición del real árbitro español en el arreglo limítrofe con la República del Sur, terca a confesar nuestro palmarios derechos.

¿Dónde la explicación de estas veleidades de la simpatía y el cariño? Si los ditirambos nada dejan, tampoco los tremendos



**D. JUAN MONTALVO: SUS DOCTRINAS LIBERALES
SIGUIO ELOY ALFARO**

insultos pueden servir de fuente de la historia. Pero, en el fondo de la hojarasca, detrás del oropel, algo queda que es reguero de luz, huella reveladora, dato para los anales de una vida.

De Bolívar dijo el luminoso Martí que el Libertador tiene todavía mucho que hacer en América. Lo mismo sucede con Alfaro en el Ecuador, parodiando la frase del apóstol.

Si la tenacidad en la pelea da derecho a llamar al testarudo combatiente "viejo luchador", justo el calificativo que durante tres lustros han dado a Alfaro, varón enaltecido por don Juan Montalvo. Si como incansable *montonero* supo desafiar desde adolescente la ira de los gobernantes; si curtió la bronceada piel con los vientos del destierro; si, como alta cima, cubrió la abrasada cabeza con la nieve de los años, algún rastro es obvio deje este hombre en la historia. Para Alfaro, de costumbres catonianas —nadie en la ceguera pasional ha osado herirle por este anverso invulnerable— los dolores, las privaciones, lejos de la patria en tantas playas extranjeras. Impertérrito, sereno, retempló su alma con el clarín de las batallas; se embriagó con el humo de la pólvora, único incienso que había ofrecido a la diosa libertad; jugó su vida en mar y tierra, entre el bramir de los cañones y el huracán de fraticidas proyectiles. ¡Cuán bella esperanza para las multitudes! ¡Qué ilusión tan apetecida, allá por los años de 1895, para todos los que, sin distingos jesuíticos, se decían liberales!

¡Oh, cuán dulce alcanzar el ideal soñado!, cantaban los tucufirarios. ¡Oh, cuán grato conocer al héroe legendario!, exclamaban cien y cien improvisados prosélitos.

El pueblo de Guayaquil le llamó, en una espontánea erupción de patriotismo. Vino de la lejanía, —desde la América Central— a hacerse cargo de los destinos de la patria que voluntariamente le ofrecían miembros conspicuos de un partido que había sido lustros de lustros execerado. Era el caudillo único de las libertades públicas, el patriarca de una familia maldecida. ¡Tanto había sufrido, tanto había luchado, tanto resonaba su nombre por la América, tanto habían escrito acerca de él, tantos himnos le habían dirigido poetas y cerebros pensadores, como Rubén Darío que fue personalmente a conocerlo en Lima, Vargas Vila

que le inscribió entre los *divinos*. Juan de Dios Uribe, el orador fogoso, que era muy justo que, agrupándose en torno a su bandera los que gustaban de modernas doctrinas, se le confiara el estandarte de la libertad, a fin de que él lo tremolase, con igual desenfado que en los campamentos, en el palo mayor de la nave capitana —el Estado!— A gusto de todos sus correligionarios empuñó las riendas del gobierno. El titán, el coloso, el semidiós, fué poco a poco haciéndose familiar. Muchos abusaron de su bondad ingénita. Se le pudo conocer de cerca, se llegó a palpar sus actos, a auscultar su corazón gigante, a percutir ese cuerpo que parecía inmortal. Con mayor confianza, pues a todos abrió sus brazos, le miraron de hito en hito. El ídolo es de barro, gritaron los enemigos. ¡Oh, abrumador desencanto!, exclamaron los descontentos. Sólo unos pocos han permanecido fieles a la veneración de antaño. Aquiles fué vulnerable sólo en el talón. Nadie se ha atrevido a atacar la moralidad privada de Alfaro. Muchos escarnecieron su magnanimidad; conservadores y liberales explotaron la mina de su prodigalidad regia, metiendo las manos con avidéz en los bolsillos repletos de oro del generoso mandatario. ¡Cuántos le saquearon para después darle candela! Su magnanimidad fué su dogal: pudo arrancar de raíz el cáncer religioso, la coyunda del Vaticano, la férula jesuítica de la enseñanza, y no lo hizo: tal su sentencia de muerte.

Una fracción del partido liberal rezóle responsos y le enterró políticamente. Como veían que se acercaba a su ocaso, muchos de sus antiguos aduladores, que habían sacado la tripa de mal año, le maldijeron, haciendo gala de su odio. Sus mismos prosélitos le volvieron caras y le desobedecieron en 1901. Su mismo Congreso no le hizo buena atmósfera. Tanto le aborrecían, que de ahí vino la popularidad del General Leonidas Plaza, teniente de Alfaro, como Vargas Torres, como Flavio Alfaro, como Valverde, y cien más. El odio al ilustre caudillo liberal fué el bautismo de Plaza, hechura también de Alfaro. Cristianizado así, pudo recibir el sacramento que imprime carácter —la Presidencia de la República.

Despréndese lógica pregunta hasta en boca de los niños: ¿por qué volvió al Poder y con aplauso general un hombre tan

desprestigiado? Fué una revolución rápida, la más breve y económica de la República, que un autor nacional la calificó de campaña de veinte días. En breves horas ¡oh pasmo! el Gobierno Constitucional de don Lizardo García se derrumbó sin estrépido, como un castillo de naipes, como cosa de juego.

Los hombres no son enciclopedias vivientes ni son aptos para todo.

Ilustres literatos, comerciantes honrados y sagaces, abogados diestros para salir con brío del laberinto de los pleitos, poetas, y soñadores con alados versos serios y jocosos, no han servido, en la práctica, para gobernar, por faltarles toques administrativos, ciencia de hacienda, dón de gentes.

Don Lizardo García, persona respetabilísima, mercader probo, no fué apto para el mando. Desconfiaba de todos, no conocía a los hombres, era débil en el manejo de los hilos políticos que requieren tino a veces, energía siempre. Recibía agríamente a los jefes del Ejército, a muchos de los que no conoció ni de vista.

—Quien va a hacerse matar por este hombre, salían murmurando, después de la entrevista de estilo, algunos militares de graduación subida.

Por tanto, capuletos y montescos, azules y rojos, apoyaron la revolución rápida. García arma grande ejército y juventud escogida: pero carece de prestigio y de resolución firme. Por esto, con tan excelentes elementos, cayó vergonzosamente, en una fugaz campaña de ineptitud y desconcierto.

La razón, la ley, el orden estuvieron de parte de García; pero la acción, el arrojo, el ansia de mejoramiento, de parte de Alfaro, que inició su jornada de un modo casi milagroso, evadiéndose de Guayaquil con cuatro leales.

Las revoluciones son estallidos populares, huracanes de las masas, gritos de la gran mayoría nacional que, sintiéndose atropellada, trata de recobrar su dignidad, o, considerándose víctima del engaño, quiere probar que conoce sus obligaciones y acaricia altos ideales. Los pueblos hacen las revoluciones. Estos grandes movimientos vienen en nombre de una idea, de un credo, de las nobles consignas, de los pretextos colosales que deslumbran al plebeyo. Las revoluciones enarbolan un estandarte más

o menos vistoso y cantan un himno capaz de entusiasmar a numerosos ciudadanos, a diversos partidos, a considerable gente, cual si oyesen una nueva Marsellesa: son resonancias de la voz popular, ecos de algo que perdura y se vuelve comprensible, simpático. La transformación política y social de 1895, —el transcendental 5 de Junio— por ejemplo, fué una verdadera revolución. Se levantó sobre la causa de la justicia, cimiento de los pueblos. Abundó raigambres filosóficas y social, que envió sentido adiós a los hábitos coloniales. La de 1906 no fué propiamente revolución, aun cuando, por la elasticidad del vocablo, se le llame así: fué un cambio vertiginoso de escenario. ¿En qué se apoyó? El Presidente García tuvo la mayoría de las bayonetas, pero no la fe en una administración liberal y civilizadora. Alfaro la tuvo y triunfó como por encanto, presentándose como protector de las ideas liberales, que estaban en peligro en manos de indefinidos y pusilánimes; como amparador de su magna empresa del ferrocarril que iba a ser combatida.

Se le llamó el peor de los piratas que había tomado por asalto el poder, arrancándolo violentamente de manos de quien lo había adquirido por la vía de la constitucionalidad y con las formalidades protocolarias; pero el tiempo, si no justificó, hizo olvidar el terrorismo despertado por el Viejo Luchador: la época necesitaba un hombre de hierro que inspirase confianza, una voluntad firme, que trabajase sin descanso. Cuatro años más tarde, el problema limitrofe transformó a Alfaro en un semidiós. El Perú ganaba terreno, su hábil diplomacia conseguía en España partidarios resueltos para su injusta causa que se la doraba maquiavélicamente. Alfaro obtuvo que el Ecuador se electrizará al conjuro mágico de la chispa del patriotismo. El anciano generoso viajó a la frontera y movilizó tropas. Dio ejemplo de energía, de abnegación y de valor indomables. A él se debió la inhibición del real árbitro español, dispuesto a partirnos por el eje, a causa de las tramoyas peruanas. Alfaro descolló como internacionalista. Algún día se esclarecerá este aspecto de su asombrosa labor, incomprendida y casi ignorada. ¿Qué habría sido del Ecuador en tan delicada emergencia, con un Gobierno incoloro, meticuloso e irresoluto como el de García? Cuando serenamente se medita



LIZARDO GARCIA, DERROCADO DEL PODER EN 1906

en esto, ni el más apasionado puede restar las preesas del patriotismo a Eloy Alfaro.

Para que se analice el desbarajuste de entonces, en el trimestre administrativo de don Lizardo García, basta recordar los pormenores del movimiento que dió al traste con su Gobierno.

El primer golpe de cuartel estalló en Riobamba. Fué acto de temeridad que pasma. Todo se hizo como a la luz meridiana: anunciándolo a los cuatro vientos. Hasta se publicó en un diario de Guayaquil el programa revolucionario, incluyendo ironías contra el baile fantástico de año nuevo, que iba a darse con pompa en la Casa Presidencial. Nada ignoraba el Gobierno. Guerra avisada no mata gente, repetían los chuscos. ¿Creía fabuloso el gabinete de marras que se viniera tan fácilmente a tierra un Gobierno bien apuntalado?

La ineptitud reinante no alcanza a justificar un hecho que no fué leal ni legal, por más que la historia haya encontrado atenuantes.

Sombras son éstas que empañan la luminosa memoria del reformador ecuatoriano. Pobre, desprendido, abnegado, si despreció las riquezas materiales, no pudo sobreponerse a la ambición de maudo. Esta pasión de las grandes almas está cegando a cada paso las irradiaciones de conquistadores, guerreros y conductores de multitudes.

Alejandro, César, Napoleón se golpean el pecho, a la evocación de sus tendencias ambiciosas.

Fué la única pasión que no pudo reprimir el mártir, ejemplar en su íntima vida, crisol de los hogares, padre de familia que entraría en competencia con cualquier santo; político sagaz, diplomático sutil, guerrero incomparable, corazón inmenso.

Sus sentimientos fueron también puros. Aquel "perdón y olvido", que a menudo solía invocar, no era frase vana. A sus mortales enemigos colmó de honores, enriqueció a sus adversarios y tendió siempre mano generosa al desvalido. La educación de la mujer, el hogar, la escuela fueron siempre para él sagradas creaciones. Por la cultura femenina bregó sin descanso: los pocos horizontes despejados, los caminos para su mejoramiento, del pe-

riodo de Alfaro son, y todavía arrancan bendiciones en los hogares.

¡Cómo borrar el paréntesis de la serie de sublevaciones que le encumbraron en un soplo!

Era la noche de San Silvestre. A las doce, el Batallón que comandaba el Teniente Coronel don Secundino Velásquez, en ausencia de su jefe, se pronunció por Alfaro en Riobamba, al mando del entonces Coronel doctor Emilio María Terán, hombre múltiple, de pelo en pecho y ungido por dón de gentes. Vinieron tropas de Guayaquil para castigarlo. En esa jornada murió el Capitán Tejada, el principal factor del movimiento del Cuerpo de línea aludido. Esta primera rebeldía no invocó ningún pretexto. Muchos soldados que habían obrado inconscientemente o por ignorancia de la emboscada que se les tendiera, se arrepintieron y fueron a reforzar a los inocentes y leales del Batallón "Quito".

Tal fué el origen de la revuelta. Aplastada en su cuna, volvió a dar señales de vida con la insurrección de los Batallones "Carchi" N° 7, "Pichincha" N° 3 de línea y el Escuadrón "Yagüachi", que anduvieron algunos días desbandados, sin dirección, sin acierto, sin jefes, entregados en Latacunga a Baco y Caco. Nadie les racionaba, ninguno les inspiraba una idea de reorganización, hasta que, con promesas repetidas de mejores días, se puso a la cabeza un militar: Justiniano Viteri, consiguiendo hacerlos marchar a Ambato. Es de notar que tal aconeció, porque los altos jefes de esos Batallones rebeldes no tomaron parte en la temeraria acción y, al contrario, arriesgaron su vida por contener e intentar castigar a los traidores. Venció la ignorancia, el número y la aventura. Ni el Coronel don Ulpiano Páez, ni el Comandante Espinar, ni el Mayor Uribe, jefes del "Carchi", se mezclaron en el golpe. También un puñado de pundonorosos oficiales, jóvenes todos, permanecieron fieles e incorruptibles, sellando con sus cicatrices, proclamando con su arrojo, la obediencia a la Constitución. Ellos, prefirieron caer heridos o sucumbir antes que gritar "Viva Alfaro": era el único lema; el único principio, aun cuando pocos se daban cuenta de la doctrina que encarnaba ese nombre eléctrico, mágico, transformador de voluntades.



**GENERAL EMILIO MARIA TERAN—JURISCONSULTO
Y ORADOR QUE TOMO PARTE ACTIVA EN
LA "CAMPAÑA DE 20 DIAS"**

Parte del Ejército veterano ardía por combatir. Por desgracia, no halló cerebros que lo llevaran al triunfo. Faltó también la popularidad que estuviera agrupando voluntades en torno de algún jefe de prestigio. La acción y valor se personificaban en las filas de Alfaro, temerario en sus empresas, como lo fué en la sangrienta jornada naval del Alhajuela; la indecisión, en las del Gobierno.

Reclutas de buena fe fueron los demás: pero al fin reclutas; rebaño armado que retarda la victoria, cuando no la obstruye con su inexperiencia.

No simpatizaron en Quito con la revuelta el Regimiento de Artillería "Bolívar", de honrosos antecedentes, y el bizarro batallón "Guardia de Honor", N.º 6 de línea. La artillería, que desde la primera vez marchó al Chasqui con el Coronel Larrea, teórico militar Ministro de Guerra, descubrió la conspiración fraguada por algunos oficiales que, sometidos a Consejo de Guerra, iban a ser condenados a la pena capital; pero la precipitación del triunfo les libertó.

En Guayaquil quedáronse del lado del Gobierno la Artillería "Sucre", el "Vencedores", N.º 1.º de línea; en Portoviejo, el "Guayas" N.º 61; en Loja, la Columna "Vargas Torres", y en Cuenca, el piquete del Batallón "Quito", al mando del entonces Sargento Mayor y hoy Coronel Solórzano, por cuanto se había disuelto el Batallón "Abdón Calderón".

Quizá estos militares dijieran como el Capitán Federico Capdevila, elogiado en la principal de las Antillas, cuando los soldados patriotas, al dirigirse a Santiago de Cuba, le saludaron con la luminosa bandera de la revolución: "Me complace el contento de los cubanos; pero esa no es mi bandera; la mía es la española". El mismo Capdevila, desafiando los insultos de la muchedumbre, peroró en fecha inolvidable, en Noviembre de 1871: "Señores: Ante todo somos honrados militares; somos caballeros, el honor es nuestro lema, nuestro orgullo, nuestra divisa, y con España, siempre honra, siempre nobleza, siempre hidalguía; pero jamás pasiones, bajezas ni miedos; el militar pundonoroso muere en su puesto; pues bien, que nos asesinen, mas los hombres de orden,

la sociedad, las naciones nos dedicarán un opúsculo, una inmortal memoria”.

Simpatizaron con el golpe, el Regimiento de Artillería “Esmeraldas” acantonado en Ibarra, y el piquete que se hallaba en Tulcán. Sin embargo, no intervinieron sus jefes y oficiales que, a pie, entre dificultades y peripecias, en marcha precipitada y riesgosa, se presentaron en la Comandancia General de Quito a ofrecer sus servicios al Gobierno.

Con todo, la acción de armas definitiva del Chasqui perdióse sin remedio, en una vergonzosa derrota de miles de soldados; dirigidos por quien había criticado, con erudición y severidad, los movimientos estratégicos de la guerra ruso-japonesa desde las columnas de la única revista técnica de la época: “La Ilustración Militar”.

En aquel siniestro lugar, junto a Rumipamba, donde las erupciones volcánicas del Cotopaxi han amontonado piedras en cantidad que se aproximaría a la que en Egipto se reunió para levantar la pirámide de Cheops, con huesos humanos podría erigirse un túmulo a la memoria de los bravos soldados que, siendo un puñado, pagaron con su vida, los unos, el amor y fidelidad a su heroico Jefe Eloy Alfaro que contó con tenientes intrépidos como el Coronel Reinoso; los otros, —que fueron los más— el obediencia a la Constitución representada por el infortunado García, honrado comerciante, pero no político.

Aquello fué atroz carnicería....

En la Capital de la República, hubo buen ánimo, valor, ansia de pacificación, anhelo de justicia. La épica ciudad en armas contaba con sobrado material para su defensa, pero hay popularidades aparentes que en la hora del peligro dan pruebas de cobardía y corren a asilarse en una legación extranjera. ¿Por qué las cabezas directivas sacrificaron honras, gente, dinero estérilmente? ¿Por qué no resistió Quito, cuando, a sus espaldas, tenía tropas de refresco; y a su frente el disciplinado y aguerrido Ejército del Coronel Manuel Andrade?

Toca a los peritos ahondar el punto.... El General Eloy Alfaro entró victorioso a la cuna de Espejo con cuatro soldados mal armados. Su valor y fortuna sorprendieron. Su fuerza cons-



**D. ABELARDO MONCAYO, ADMIRABLE EDUCADOR,
MINISTRO DE ALFARO**

taba de cuatrosientos hombres, inclusive los *encontradores*. Después, llegaron mercenarios del Norte, gente de enganche y de pillaje, al mando del General Nicanor Arellano H.

La historia, severa en sus sentencias, no justificará esa dictadura de bajo origen, con base de mezquina revuelta, por más que haya invocado la libertad a punto de ser arrebatada por la ineptitud y traición, por más que haya venido para dar cima a la grandiosa obra del Ferrocarril del Sur.

El Gran Luchador se vió rodeado de improvisados y anónimos en política, de aventureros colombianos, de presidiarios que hicieron su agosto. No fué su gabinete como el de la primera administración. Se le separaron pro-hombres como Valverde, Moncayo, Peralta. Le combatieron plumas aceradas como las que escribían en *La Prensa Libre*.

Hasta que los oropeles de la constitucionalidad dorasen todo, no renació la calma. Aquel paréntesis es "penumbroso", en medio de la luz que siempre proyectó el Viejo Luchador, apóstol y mártir. Tratamos de un gigante, pero hombre al fin y, por lo mismo, susceptible de mácula.

*

* *

Alfaro lavó con su propia sangre los errores que había cometido en su larga vida de lucha; errores de ambición unos, y de bondad los demás; pero nunca de codicia ni de tiranía. Magnánimo en los campos de batalla, magnánimo después de ellos, cumplió a la letra su programa de "perdón y olvido". A muchos de sus enemigos transformó en partidarios; compró a innumerables amigos, pero, adquiridos a precio de oro, no siempre fueron leales. Grandemente le perjudicó su condescendencia, su excesiva amabilidad para con los que él creyó suyos. Quizá la época no le permitió ser radical en todo, hasta en el arrancar, de raíz, la venenosa planta del fanatismo y en poner sanción férrea a los inescrupulosos. Metieron las manos hasta el codo en su corazón, para abusar, para *locupletarse* de dinero, valga el pleonasma, para har-

tarse de honores y granjerías. Con un poquillo de punición, el purificamiento liberal habría dejado cimentada la nítida doctrina y disciplinados férreamente a sus soldados.

A la impunidad se debieron inconsecuencia y crímenes de tantos que se parapetaron con el dictado de alfaristas.

Bastante hizo por el progreso humano el reformador Eloy Alfaro; pero pudo hacer mucho más, aprovechando la oportunidad, el *momento psicológico* que pocas veces preséntase en la historia. No siempre destacó tenientes de puro corazón que secundasen su labor bien intencionada. Antes la desacerditaron con su perfidia. Faltó amor al ideal, faltó espíritu de sacrificio en gente a quien deslumbró la libertad, corrompió el oro y marcó el triunfo.

Alfaro pagó, como Cristo, los pecados ajenos. ;Fueron los propios tan escasos en este varón casi inmaculado!

*

* *

El recuento de su labor civilizadora puede compendiarse en lo que puntualiza el *Manifiesto* que a los habitantes del Pichincha dirigió la "Junta Eloy Alfaro", de Quito, que, secundando el entusiasmo de Guayaquil, se fundó para honrar la memoria del extraordinario gobernante. El Centro Radical "Vargas Torres" ha reproducido, a los nueve años del sacrificio del héroe nacional, lo principal del *Manifiesto*:

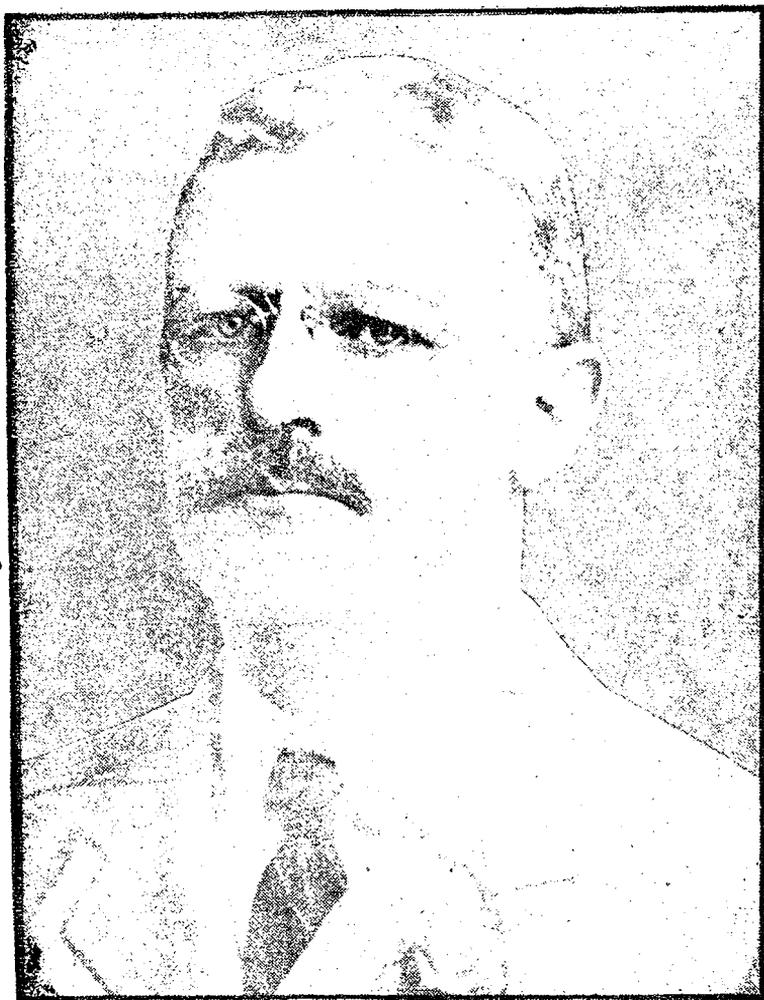
"Altos títulos acreditan a *Eloy Alfaro* como inmortal y le presentan a la veneración pública. Apóstol de una idea liberadora y de redención, lucha infatigable y heroicamente por tornarla realidad. El despotismo le arroja fuera de la Patria: sus puertas quedan cerradas para él; pero las golpea fuertemente hasta comoverlas; ruge como león, clama en nombre de la libertad, de la civilización, de los derechos conculcados a sus compatriotas; mas, por desgracia, son pocos los que atienden y responden a sus llamamientos de acendrado patriotismo, porque sus acentos de libertad se pierden y se confunden con la algarabía que produce la salmódia de los cortesanos, entre chirriar de cadenas y chasquido del látigo degradante.



**Dr. JOSE PERALTA, MINISTRO DE ALFARO EN SU
PRIMER PERIODO**

Tiende su mirada ansiosa en torno de la República, busca a sus correligionarios y amigos, y divisa allá, en la penumbra, la imagen dolorida y angustiada de muchos de ellos, que han sufrido el castigo de su amor a la libertad, en el patíbulo. Otros yacen en servidumbre, y muchos han ido a rodar, de playa en playa, saboreando el amargo pan del desterrado y llorando la ausencia de la Patria infortunada. Pero los lamentos no fueron jamás las armas de los titanes; y los Bayardos de la libertad, convocados y reunidos a la voz del amigo y Jefe, tornan a la lid; vuelven a bregar, una y cien veces, con fe y constancia, tan sólo peculiares a los hombres encargados de una misión sublime, hasta que el genio de las batallas corona sus frentes con el laurel del triunfo y la diosa de la libertad asciende al egregio Alfaro al Poder, en premio de tanto convencimiento, de tanta constancia, de tantos sacrificios, de sus inauditos esfuerzos, de sus ciclópeas campañas, y cuando casi todos sus compañeros de martirio habían tras-puesto ya los umbrales de la tumba. Casi solo en el Poder, rodeado de enemigos terribles, su labor es ímproba, inmensa, sin tregua ni descanso. Le urge formar hombres, capacitándolos para la administración pública, la diplomacia y la milicia, y, con ellos, sentar las bases de la democracia verdadera, de la libertad y del derecho. Toma a la juventud, la levanta hasta los sillones ministeriales, las curales legislativas y concejiles, las cátedras de las universidades y de los colegios, los negocios internacionales y el ejercicio noble de las armas; y con esta juventud bizarra, inteligente y demócrata, lo hace todo. Reforma la legislación, modernizándola en humana y liberal; transforma las universidades en centros de cultura científica; funda colegios y liceos; escuelas normales para orientar a preceptores de instrucción primaria; escuelas de bellas artes, conservatorios de música y declamación; escuelas nocturnas para obreros; colegios militares. Crea juntas que se entiendan en dotar a las diversas poblaciones de la República de agua potable, canalización, pavimentación y luz eléctrica; promueve el establecimiento de tranvías. Democratiza a los municipios, y los convierte en centros cosmopolitas, llevando a su seno a los extranjeros útiles, residentes en la Patria; rehabilita a la mujer, elevándola al ejercicio de los cargos públicos; favore-

ee a la raza india y a las asociaciones obreras; arregla definitivamente el pago de la deuda sagrada que nos legó Colombia, levantando así el crédito nacional, aniquilado, perdido por obra de la desidia, cuando no del peculado, y sobre esa base, establece el talón de oro, resorte indispensable para el equilibrio del cambio y para la movilidad del crédito. Acrecienta las rentas públicas y las eleva a veinte millones de sucres anuales, o diez millones de dólares, al cambio de entonces, cuando él las halló en cinco, cantidad menguada, incapaz de llenar las exigencias del progreso. Con clara visión sobre asuntos internacionales, salva a la Patria, en 1910, tanto de la pérdida de nuestro Oriente, como de una guerra dispendiosa y cruel. Para honrar a nuestros próceres, a nuestros héroes, a los santos de nuestro calendario republicano, lleva a efecto la Exposición Internacional, en conmemoración del Centenario del Primer Grito de la Independencia dado en América Latina. Reputa como deficiente la enseñanza que imperaba en la República, y, para perfeccionarla, envía a los centros más civilizados de Europa y América del Norte, a jóvenes, con la noble misión de ser más tarde los cruzados del engrandecimiento nacional; y como corona y remate de tanta obra de patriotismo, se obstina en legarnos ardua vía férrea que nos ponga en contacto con nuestro puerto principal, nos aproxime y compenetre con nuestros hermanos de la Costa y nos sirva de vehículo de civilización y progreso. Y todo esto contra el torrente de los reaccionarios, venciendo las resistencias de algunos amigos apocados, cobardes o envidiosos, y con el fusil en la mano, la azada en la otra y el espíritu divagando en busca de la panacea para curar tanto mal. ¡Oh, conciudadanos! ¡Cuánto esfuerzo de su voluntad y cuánto trabajo!... *Alfaro* fué incomprendido y, por eso, combatido. De habérsele apreciado en su justo valor, por unos, y de haber habido verdadero patriotismo, en otros, ¡cuántos mayores bienes hubiera hecho al esfuerzo de su voluntad creadora!... Con todo, a él se le debe el escaso progreso que disfrutamos, tanto en el orden moral, como en el material. No cabe disputarle este derecho, que es de la Historia. Si algunos abusos, propios de la época terrible en que le tocó actuar, ensombrecieron su paso por el Poder, fueron como nubes de verano, que se disi-



ARCHER HARMAN, EL BRAZO EJECUTOR DEL
FERROCARRIL DEL SUR

paron al soplo de la más leve brisa, o como las manchas del sol, tenues cendales que no impiden que el divino astro nos caliente, vivifique y derrame su luz, que es guía y consuelo de la vida. Sí, pudo tener errores, ¿qué hombres no los han tenido y los tienen? Pero están atenuados con la buena intención que guió todos los actos de esa vida de sacrificios por la Patria, y purificados por el agua lustral del martirio. Todos los pueblos de la tierra tienen sus manchas, conciudadanos: hagamos por limpiar las nuestras”.

A esto hay que añadir lo que dicen los padres dominicanos misioneros Hidalgo y Mata, invocando a la justicia: “En 1905, el General Eloy Alfaro, de acuerdo con los misioneros dominicos, fundó los pueblos de Manchari y Rimacha, el 1º a orillas del Huasara; el 2º a orillas de una laguna; en 1910, los peruanos ocuparon el primer pueblo denominándole Sucre, estableciendo una Tenencia Política; cuanto al 2º, aún lo conservamos; está a dos días abajo de la Tenencia de Sucre. El General Alfaro, en forma indirecta, favoreció con dinero a las Misiones; siempre cubría los gastos que demandaba el viaje de los misioneros. Entre los Presidentes liberales, Alfaro fué el único que en forma práctica favoreció la colonización oriental costeando los viajes de los Misioneros”.— (“La República”, martes 15 de febrero de 1921, Nº 5.—Quito—Ecuador).

No está del todo averiguada la conveniencia de tales misiones en la fértil región oriental ecuatoriana. Hay poderosas razones en pro y en contra. Pero, como Alfaro era mano abierta y patriota, no omitía medio alguno en bien de la madre común, aun con el sacrificio de sus ideas personales. Ensayó también la colonización militar.

Hombre de múltiple acción, en vísperas del centenario del primer grito de la Independencia Americana lanzado en Quito, improvisó gradiosos festejos, no sólo contra el arrecife de la indiferencia de los más, sino contra la rabiosa oposición de muchos. A sol y sombra, sistemáticamente, atacaban sus enemigos hasta la inofensiva luminosa idea que se le ocurría, sin detenerse a estudiar su bondad, o las modificaciones de que pudiera ser susceptible.

Casi de la nada, como en los cuentos orientales, levantó fantástico palacio para la exposición internacional —la primera en el Ecuador—, a la que acudieron, con gusto, poderosas naciones europeas e hispanoamericanas con valiosos ejemplares de progreso. La mayoría dudaba del éxito brillante, el resto censuraba acremente; pero la realidad les deslumbró y sí, a despecho de todo, no confesaron el triunfo, la conspiración del silencio fué muy elocuente. Así, en otro tiempo, apoyó la Exposición Universal de París, en 1900, certamen de tanta resonancia para el Ecuador.

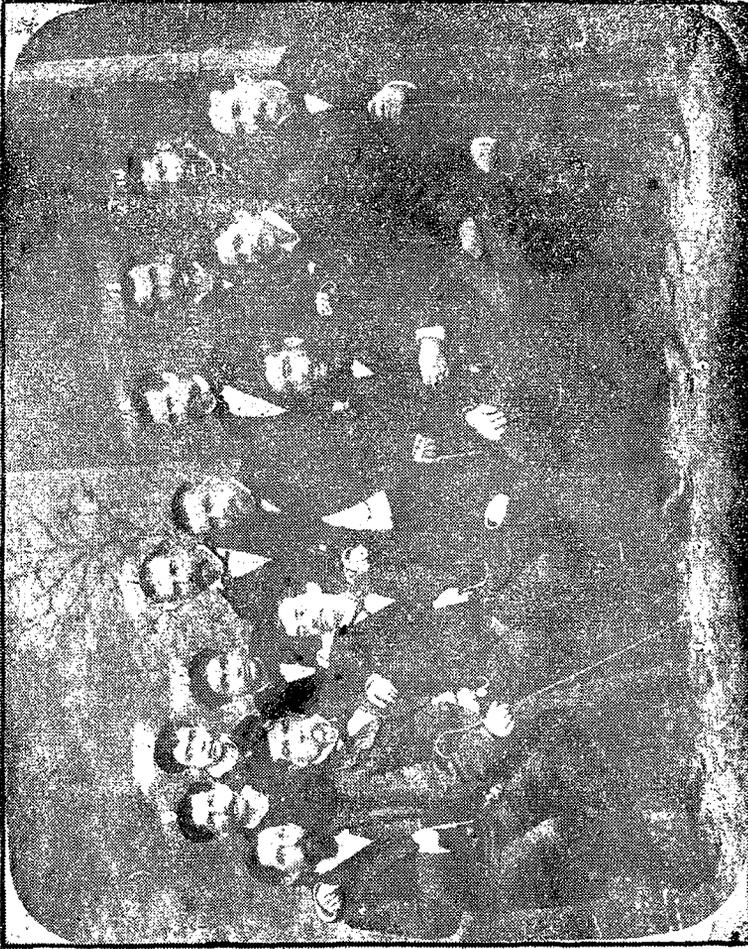
En el extremo sur de la ciudad se alza suntuoso edificio —recuerdo de la pomposa conmemoración— que ha servido para el Colegio Militar (1). Aseguran que es uno de los más elegantes y amplios del Nuevo Mundo. Aquel palacio exhibía un medallón en alto relieve consagrado a su fundador; pero la intransigencia política y la ingratitud lo borraron. Allí también se ha fundado el Museo Militar, que ya posee valiosísimos ejemplares históricos: allí se hospedaron los marinos de la flotilla norteamericana de submarinos que, en Mayo de 1921, llegó a Guayaquil.

Cuando el pueblo palpa la inacción de algunos Gobiernos, cuando suspira por alguna empresa inaplazable que la impotencia posterga, suele murmurar, muy de corazón: "El viejo Alfaro lo habría hecho": "Alfaro se habría reído de la dificultad".

Y no le falta razón: así es la verdad, porque, por donde quiera que se dirija la mirada, en varias ciudades de la República, se entran por los ojos las manifestaciones tangibles del adelanto que para su patria quiso Eloy Alfaro.

Y todo esto, en medio de inauditas resistencias de los reaccionarios y entre la pólvora del campamento, porque la manía revolucionaria, que de preferencia le convino aplastar, no le dejó punto de reposo. Se le restaron, en un cuadro fatídico, las horas que faltaban al ilustre anciano para entrar en el ocaso, que supusieron eterno!

(1) Años después, muchos años, se construyó el Colegio Militar, que se denomina Eloy Alfaro, en la quinta La Pradera, al Norte de Quito.



**COMPANEROS DE IDEALES DEL "VIEJO LUCHADOR"
SU ESTADO MAYOR**

*

* *

Fué el primer soldado de la América, como en ocasión solemne expresó una eminente autoridad chilena en la tierra de Arturo Prat. La frase repitióse con solemnidad en la Cámara de Diputados el año de 1919, pronunciada por labios de un inteligente conservador.

En su patria no fué del todo conocido: pasó, para muchos, como un soldado obscuro. En su tumba de héroe y de mártir, el fanatismo político no ha querido que se alce sino triste montón de cenizas. Hasta los héroes sin nombre tienen espléndido monumento en el Pantón, y en la Abadía de Westminster. El odio implacable ha osado negar todo recuerdo póstumo al paladín augusto, desconocido acaso en la tierra que él ilustró con su espada y con su genio. ¿Cómo ponerle la inscripción fatal y dolorosa: "desconocido", cual en los simbólicos monumentos de París y Londres?

¡Anatema a la ingratitud de los hijos pérfidos! Desgarrador, torturante, siniestro fué el fin del héroe magno; pero en su túmulo se esculpirán, como en el del reformador Juárez, en frase del poeta Rafael Martínez, versos dignos del bronce, cambiando sólo en la escritura la palabra mejicana por la gentilicia del Ecuador:

"Y a éste, de una raza titánica gran fruto,
¿Hémos de honrarle ahora con llantos, y con luto,
Con fúnebres guirnaldas y lúgubres lamentos
Cuando su nimbo espléndido constelan pensamientos;
Cuando su tumba —símbolo de una luz prometea—
Es Oriente magnífico do amaneció la Idea?...
¡No!... ¡Vengan sin tardanza, de los patrios confines,
Legiones de tambores y bandas de clarines,
Y que prorrumpán todos, como inmortal hosanna,
En el ardiente grito de la triunfal diana!!...
¡Que despliegue sus alas el espíritu humano

Bajo el toldo purísimo del cielo mejicano,
Y anuncien la era nueva videntes y profetas
Y los cantos heroicos entonen los poetas,
Las frentes eucarísticas en líras melodiosas,
Y de los labios místicos y de los pechos fieles
Divina Poesía, brotando en ricas mieles,
Que diga al Universo, con mágicos dulzores,
Que es una hermosa fiesta de Dichas y de Amores
La que hoy aquí celebra la gente mejicana.
Augurio felicísimo para la raza humana.
Pues que en grupo de hermanos y en poética justa,
Ante el altar venimos de Libertad augusta.
Y ese altar, tan sagrado cual templos seculares,
Es la tumba de un héroe, la de Benito Juárez.
Donde vela, cual rayo que en el futuro vibra,
El soberano genio de Méjico, ya libre!...
¡Que respiren, hermanos, vuestros pechos de atletas,
Y rían las ondinas y canten los poetas,
Y a las vibrantes marchas de honor de los clarines,
Deshójense las flores de amor en los festines!...
¡Que aunque la ira ruja y el furor lo quiera,
Juárez morir no puede!... ¡No puede!... ¡Es la bandera!...”

Un puñado de amigos, a raíz del año truculento, del año trágico, se ha acordado siempre, el día 28 de Enero, de rendir a la memoria de Alfaro sentido tributo de admiración, desafiando las iras del Poder. Al principio, fueron tres o cuatro, después creció el homenaje, hasta que en 1921 fué inmenso, sublime.

En Panamá reverenciaron su nombre, en inolvidable velada fúnebre, lo mejor de la sociedad del Istmo. El patriota Miguel Angel Endara, reimprimió en Quito, en 1912, (lo que era entonces inaudito atrevimiento), el hermoso discurso que pronunciara el doctor José Peralta, que a la sazón padecía la pena de destierro. El mismo señor Endara abrió un álbum de adeptos al General Alfaro. En 1912, consiguió tan solo que firmasen cinco personas. La Policía perseguía como apestados a los alfaristas, prohibiendo toda manifestación externa a la memoria del caudillo liberal. La



D. PEDRO CARBO—APOSTOL DEL LIBERALISMO

reacción se ha operado con lentitud, en escala ascendente, cada año con más fervor, como la ola que crece y crece hasta convertirse en formidable montaña líquida que aplasta cuanto encuentra a su paso. Así la ola de la justicia va aniquilando, sepultando al rencor, a la iniquidad, al fanatismo político, con el peso de la verdad, que abrumba como una mole andina.

Fue necesario que transcurriesen nueve años para que la apoteosis al mártir tuviera inolvidable resonancia, como la voz que repara y construye, aunque a veces no se deje oír pronta.

En los salones de honor de la Municipalidad de Quito, se ornamentó artística y suntuosa capilla ardiente, a la que acudieron con su homenaje las asociaciones no sólo de la capital sino de lejanas ciudades de la República. Colegios, ejército, sociedades liberales, obreros, prensa, compañías ferroviarias, municipalidades, allí estaban presentes, por medio de sus representantes, con valiosas coronas, en las que constaban leyendas significativas. La profusión de flores contrastaba con los atributos militares que en el imponente recinto simbolizaban al héroe.

En su centro, sobria ara romana recordaba los sacrificios de Eloy Alfaro y era túmulo elocuente a su memoria. En el fondo, abría sus alas la Victoria de Samotracia, chorreando sangre, que no era suficiente a apagar la luz de un candelil que a sus pies brillaba. Era la idea que jamás se extingue: la personificación del pensamiento confirmado por la historia: no hay triunfo sin sangre, no hay coronamiento de la empresa sin martirio. Una vela latina, expresión de la raza, flotaba serena en lontananza, en medio del mar embravecido.

Lo más granado de la sociedad montó guardia, renovada cada media hora, en el fúnebre santuario, que día y noche recibía visitas. Los concurrentes dejaban su firma en pliegos enlutados que en sendas mesitas esparcidas se hallaban en el vestíbulo.

La luz eléctrica, mezclada a la vacilante de los blandones, contribuía a bañar de majestad la monumental decoración.

El Conservatorio Nacional de Música, oculto tras espesos cortinajes, ejecutaba apropiadas piezas fúnebres de los más célebres compositores.

A la entrada, en el patio municipal, cruzada de flores estaba el ancla del vapor *Alajuela*, reliquia histórica, traída para el efecto de apartadas playas ecuatorianas. Y en lo alto, el retrato del General Eloy Alfaro, artísticamente iluminado, tenía a sus pies una simbólica espada de fuego.

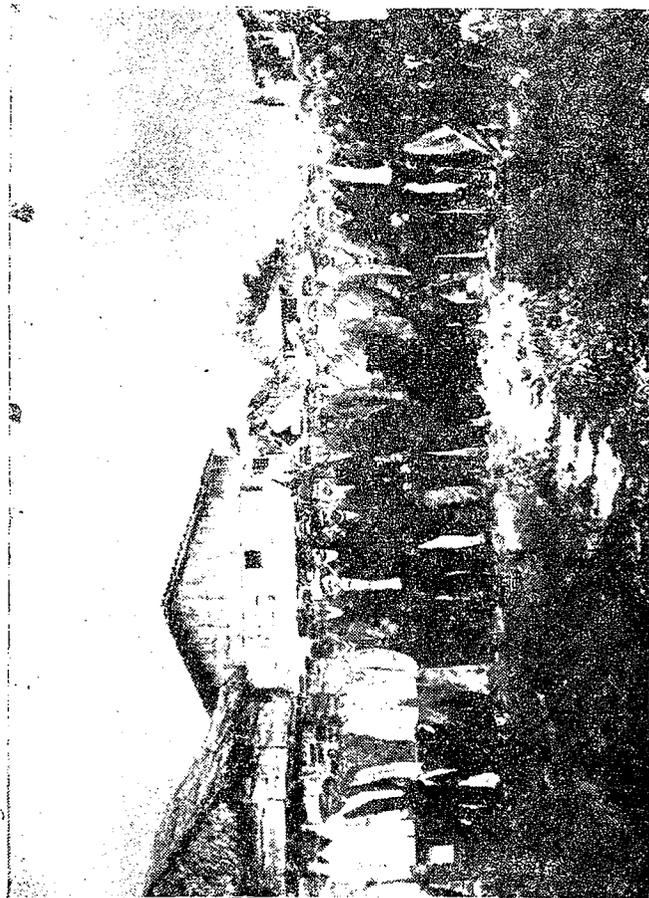
La muchedumbre de peregrinos, en orden, subía por una escala, rodeaba el monumento y descendía por otra, de tal manera que, circulando siempre, facilitaba el acceso y evitaba atropellos. Se repartieron recuerdos conmemorativos, con reparadoras leyendas.

En el presidio, —el Panóptico situado en las faldas del *Piñincha*— transformóse la celdilla en que agonizó Eloy Alfaro en capilla ardiente, y fué piadosamente visitada. Clásica orquesta tocaba marchas fúnebres. Por la noche, se le dedicó una velada conmemorativa. Declamáronse las poesías que el pueblo había escrito en los muros de la cárcel. La histórica celdilla lleva el número 276 y pertenece a la serie destinada a los detenidos militares y políticos. Nadie, absolutamente nadie, ha vuelto a ocuparla. Es un santuario cívico de frecuente peregrinaje. Un pétreo busto del Mártir se alza en el lóbrego y estrecho escenario de la tragedia.

*
* *

El 5 de Junio de 1921 volvió a hacérsele justicia, al recordar la transformación política de que fue alma y caudillo. Sin la pujanza invicta de su espada, el pensamiento de Montalvo habría quedado sonando en el vacío: Alfaro fue la acción, Alfaro la prédica viviente, demostrada con hechos; Alfaro el trabajo incesante en el taller de la libertad.

De su tumba se levantarán siempre las protestas convertidas en idea y movimiento, cada vez que se intente arriar el estandarte de los libres que la historia ha tremolado sobre montañas de sacrificio y regueros de sangre, fecundos en obras de progreso, de labor redentora y de emancipación de la conciencia.



EL DEFENSOR DE LA PATRIA EN LA FRONTERA
DE LA PROVINCIA DE EL ORO

De los Presidentes de la República del Ecuador, los más laboriosos han sido García Moreno, Antonio Flores y Eloy Alfaro.

García Moreno, gracias a su constancia y desvelo, alcanzó notables conocimientos científicos y literarios. Incrementó grandemente las obras públicas. Su actividad era tal, que se multiplicaba. Un día anochece en Quito y otro en Guayaquil. ¡Y en qué tiempos! Había que tomar en cuenta los desfiladeros y abismos que se llamaban caminos. ¿Caminos? No existían en muchas misérrimas poblaciones. Para trasladarse de la Capital a su inmediato cantón, al Mejía, pasaba el infortunado viajante por el famoso Jalupana, un atolladero de lodo, del que por casualidad se salía con vida. ¡Cuántos, antes de aventurarse en su peregrinación a Guayaquil, otorgaban su testamento! Abundante su vitualla, se diría que iban a atravesar el Sabara. García Moreno, con agilidad que asombra, personalmente develaba lejanas revoluciones, presentándose de súbito. ¡Gran trabajador este carácter férreo, este sabio inexorable que arrancó frases de justicia al mismo Cosmopolita!

Antonio Flores, uno de los más hábiles y quizá el más hábil diplomático de la América Latina, poseedor de varios idiomas y un pozo de admirable erudición, dormía poquísimas horas. En vela estaba, consagrado a sus múltiples asuntos: redacción de notas, hondas lecturas, traducciones, borroneo de artículos históricos y de polémica. A las cinco de la mañana, ya se le veía a caballo, en viaje a la Carolina — una hacienda situada al Norte de Quito — en busca de leche recién ordeñada. Otras veces tendiase en la grama del Híjido y se entregaba a la gimnasia del revuelco, para vigorizar sus gastados miembros.

Eloy Alfaro, llamado el Viejo Luchador, trabajó infatigablemente durante toda su vida. El nombre que por antomasía le dieron es la consagración de sus laboriosos años de combate. Gran madrugador, se le veía en pie desde las primeras horas del día, dictando sus órdenes y ocupado en vitales problemas de su administración. Asistía a los actos de cultura de los establecimientos que fundara: al Colegio Mejía, al Conservatorio de Música, a los Institutos Normales.

Uno de los más arduos y trascendentales capítulos de interés continental que acarició escribir con hechos toda su vida, fué la reconstrucción de la Gran Colombia, modificando el pensamiento de Bolívar, de acuerdo con los dictados de la sociología moderna.

Estadista insigne —parco en el hablar, pródigo en la acción—, sus pasos se encaminaron al cristalizamiento de la sublime utopía, que habría sido bella realidad, si el Perú no se hubiera valido de todos los medios para que fracasase. Delicada misión encaminada al noble fin confió a su mismo hermano, doctor Marcos A. Alfaro, esclarecido ingenio.

El indomable ecuatoriano se puso en relación con notabilidades internacionales, gente de pluma y de espada, muchos de ellos libertadores de sus respectivas patrias. Propagó las ideas de fraternidad internacionales que le animaban, hizo conocer al Ecuador, presentándole como Nación progresista. Platicó fervientemente con generales de la talla de Guzmán Blanco, Joaquín Crespo, Rafael Azpurúa, Porfirio Díaz, Rafael Reyes, Benjamín Herrera. Conferenció, para el buen éxito de su proyecto unificador, con Nicolás Piérola, Castro, Zelaya, Sánchez, Regalado, Avelino Rosas, Sergio Pérez. Cumbres del mundo americano como José Martí le rendían su amistad y su afectuoso homenaje. Entre los parientes que secundaron sus ideas, destácase el distinguido general mexicano don Bernardo Reyes que supo morir como héroe de pecho al palacio nacional, al imponer la rendición de la Guardia, y el catedrático madrileño, su sobrino, don Elías Alfaro y Navarro. Insistió en la propuesta de formación de una Dieta Colombiana. En los primeros días de su administración envió a Méjico a distinguidos compatriotas para que representaran al Ecuador en la Convención que promoviera. Inspiró el Congreso Boliviano, reunido en Caracas en Julio de 1911, fecha memorable. A nombre de Alfaro, el doctor José Peralta defendió la causa de América, la unión, la paz del continente, contra la terquedad del Perú y las pretensiones del Ministro Melitón Porras. El voto nobilísimo de la Delegación de nuestra Patria puede compendiarse en estas hermosas palabras que el doctor Peralta suscribió de acuerdo en todo con los representan-

tes de Venezuela, Colombia y Bolivia: "Hemos buscado la paz honrosa y digna; hemos hecho lo posible para la transacción y la concordia; hemos llamado con insistencia a las puertas de la fraternidad, mas el Perú ha desoído nuestras voces y rechazado nuestras amistosas proposiciones. Réstanos únicamente manifestar nuestros ardientes deseos de que la paz siga amparándonos con su égida salvadora, y que llegue una oportunidad más feliz, en que podamos realizar el colosal pensamiento de Venezuela, y darnos un abrazo de hermanos entre todos los hijos de Bolívar".

*

* *

Tal es, a grandes rasgos, la significativa labor de esta radiosa figura que muy pocas veces entró en la penumbra. No le tentaron vicios: fué un santo del hogar, modelo de padres; fué en el santuario individual, reflexivo, filósofo, austero y disciplinado. Muchas de sus culpas, por causas, las más de ellas, del medio ambiente hostil y de la felonía y codicia de varios de sus tenientes, únicamente se espigan en el fragoso campo de la política. Pero hasta en sus equivocaciones fué grande. No cayó en las mezquindades, vacilaciones, negociados, raterías y economías de los presidentes pigmeos. Si derramó el tesoro nacional a manos llenas, lo hizo en favor del pueblo y de algunos camaradas, los más de ellos desagradecidos y sedientos de oro. Enriqueció hasta a sus enemigos implacables. El no reservó nada para sí, dadivoso y desinteresado hasta lo inverosímil. Vivió y murió pobre, aunque dispuso de millones. En épocas de infortunio, sus amigos le alimentaron en algunas ocasiones, y otras, recurrió a las pocas joyas que en la familia quedaban. Jamás hundió su dignidad en el cieno del menor acto ridículo. Magnánimo y derrochador—nunca para él—de caudales y de bondades, la ingratitude le tejió punzante corona de espinas. Cuando ya no tuvo qué dar, le sacrificaron. ¡Cuántos de los que vinieron detrás —negociantes sin escrúpulo— se han transformado en millonarios! El, de ninguna granjería aprovechó en sus períodos presidenciales; no calculó nada para el mañana. La calumnia forjaba fabulosas sumas, depó-

sitos en bancos extranjeros, donde no había un centavo; profanaba ese hogar sin mancha, que ahogó, en el silencio y la conformidad, necesidades y privaciones. . . . Varios de sus leales servidores se apagaron también calladamente en honrada pobreza.

Del martirio, de entre el montón de carbones apagados en la hoguerra del Ejjido, se está levantando, como un Cristo redi-vivo, a hablar a los correligionarios verdades que el tiempo ha confirmado, a predicarles de nuevo la fe en las doctrinas del libera-lismo que van cayendo en tibieza. En el lugar de su incineración, el artista Antonio Salgado ha erigido un obelisco sobrio y simbó-lico, por disposición unánime del "Comité Central Eloy Alfaro".

*

* *

El 12 de Octubre de 1921, fueron trasladados, con regia pompa, sus venerados restos a Guayaquil. Dormían, bajo la cus-todia del secreto, en el Cementerio General de Quito. Debidamen-te autenticados con el examen de actas, documentos y declara-ciones de testigos poseedores del sigilo, la comisión delegada por la familia los transportó a la urna tallada por el artista nacional Ycaza.

El Sr. Vaca Salvador, persona muy honorable a cuyo cargo estaba la administración del camposanto, había escondido piado-samente esos despojos, guardando el secreto. Para mayor segu-ridad, los corchó con una gran piedra, sobre la que puso el esque-cto de un niño, simulando que se trataba del entierro de un párvulo, a fin de que no sospecharan los furibundos profanado-res de tumbas. Tres reputados médicos de convicción conserva-dora, pero de severa moralidad, doctor Miño, Araujo y de la Torre, en presencia de notario público y varios caballeros, actua-ron en la conmovedora ceremonia de ir identificando y entregan-do al Sr. Coronel Pedro Concha Torres, delegado de la familia de Alfaro, esos huesos, los que, secudado por el alfarista de co-razón Dr. Abelardo Montalvo, iban cuidadosamente envol-viendo en algodón hidrófilo y gasas desinfectadas, con emoción reverencial.



**GENERAL FLAVIO ALFARO.— OTRA DE LAS
VICTIMAS DEL 28 DE ENERO DE 1912.**

El acto de honrar oficialmente esas reliquias quemadas, fue decretado por unanimidad por el Congreso Nacional. De buen grado prestóse también la Municipalidad de Quito a honrarlas en sus salones, pero el Gobierno del Dr. Tamayo prefirió hacerlo en el despacho del augusto caudillo, en donde pasó tantas horas preocupado del bien de la patria.

El Coronel Concha fue contestando en el camino las numerosas manifestaciones populares, los discursos y ofrendas florales.

En Tambillo unos indiecitos acudieron, entre lastimeros gemidos, con una sencilla corona para "el amo que tanto protegió a los naturales".

La apoteosis indescriptible requeriría la pluma de Montalvo, colorista insigne, pintor fogoso, fulgurante y sancionador, que inspiró ideas de libertad a Eloy Alfaro.

En el Gabinete Presidencial, allí donde recibía a sus amigos, donde trabajaba sin descanso, donde impartió órdenes salvadoras, donde fué traicionado el 11 de Agosto de 1911, se destacó la capilla ardiente, en un océano de flores, crespones y luces. Con las ofrendas que lo más notable de Quito y de las más lejanas provincias puso a los pies del mártir, pudo haberse levantado una simbólica montaña de reparación y amor póstumos.

La procesión recorrió algunos kilómetros a paso lento, por las calles Chile, Venezuela, Sucre, atravesando la plaza del mismo nombre, por la Maldonado, hasta llegar a la estación "Eloy Alfaro", antes Chimbacalle. En el Palacio Nacional, el doctor Manuel Montalvo entregó la urna, con sentidas palabras, a la comisión que de Guayaquil vino a recibirla. En el Gabinete Presidencial, despidió al llorado viejo el jefe de la Nación doctor Tamayo, con vibrantes voces de justicia. La urna, cubierta con la bandera nacional, tricolor histórico que flameó triunfante enarbolado por uno de los batallones más adictos al Jefe del Liberalismo, fué conducida en hombros entre dos filas de militares que llevaban coronas, precedida de la carroza fúnebre halada por ocho caballos, ricamente enjaezados, que gobernaban sendos palafreneros. Dos soldados sujetaban de las bridas al caballo que solía montar el General. Guardia de honor en alas protección a la comitiva, lo mis-

mo que el Cuerpo de Bomberos llegado de Guayaquil. Los Ministros de Estado presidían el cortejo, seguido de una masa compacta y selecta de acompañantes, gente distinguida, miembros de la diplomacia, autoridades civiles y militares, brillante juventud. Por último, iban las bandas militares y el Ejército. El viejo Comité Eloy Alfaro desfilaba en rango prominente.

La procesión se detuvo ante el Palacio Municipal. Desde el balcón del centro, adornado con el retrato del Viejo Luchador, dirigió la palabra a nombre de los obreros, el Presidente de la Federación, repitiendo las mismas significativas frases del *Manifiesto* de la "Junta Eloy Alfaro", del Pichincha. La mañana era triste, de invierno. Había llovido toda la noche y el viaje lento topaba a cada paso con fangales y charcas, pues muchas calles, a causa de las obras de alcantarillado, estaban con el pavimento removido y abiertas en canal.

Presenciamos escenas desgarradoras, ayes y lágrimas en el tránsito. En muchos balcones flameaban fúnebres banderas. La gente se apiñaba en todas partes.

Junto al Túnel de la Paz, en el N° 18, a la derecha, al descender del mesón, una casa silenciosa, deshabitada al parecer, exhibía un pabellón a media asta. Puertas y ventanas entornadas, en señal de estricto duelo, ni rastro dejaban de que hubiera un alma viviente.

Sólo detrás de las vidrieras del primer balcón, al fondo, se entreveían, tal vez se adivinaban, las siluetas de dos mujeres de negro, con el pañuelo en los ojos. Por el movimiento de la cabeza y los hombros, se deducía que lloraban amargamente, aunque la calma era absoluta. Esa visión sugestiva nos desgarraba las entrañas. ¿Quiénes eran aquellas figuras que apenas se divisaban en la penumbra? Las viudas de los generales Flavio Alfaro y Ulpiano Páez, compañeros de martirio del reformador ecuatoriano. La desolación y el infortunio las había congregado allí, en el desierto edificio, mientras majestuosamente desfilaba la enorme procesión funeraria. ¡Qué elocuentes eran aquellas sombras que ahogaban sus gemidos en el histórico trance inolvidable!

El edificio de la Estación semejaba una inmensa capilla ardiente tachonada de flores, crespones y luces. Salones de recibi-



GENERAL ULPIANO PAEZ—INMOLADO EL 28
DE ENERO DE 1912

miento, corredores, andenes y fachada, todo estaba con negros cortinajes, coronas y banderolas enlutadas. Se oían apagadamente marchas fúnebres de la orquesta y de las bandas militares.

Muchedumbre incalculable, más numerosa que trece años atrás —el 25 de junio de 1908— cuando la inauguración del Ferrocarril del Sur, se había dado cita. Se leía la consternación en los semblantes.

El Presidente del Concejo Municipal, doctor Pablo Isaac Navarro, dijo las últimas frases de despedida, que resonaron como un himno que predicaba las virtudes del austero patriota y caudillo de los libres.

La hora de la partida se acercaba. Eran las diez y media de la mañana.

El Ferrocarril, obra de su testarudez, que tantas veces le condujo en triunfo, después de que había develado revoluciones y desbaratado ruines emboscadas, sirvió para, como en una teoría inolvidable, pasear sus cenizas.

La empavesada "nave" ferroviaria, literalmente tachonada de coronas y gallardetes, exhibía en la férrea trompa la imagen de Alfaro, en un cuadro artístico, circundado de festones.

La locomotora, al comprimir el aire, parecía quejarse, parecía gemir a intervalos, como un monstruo paquidérmico de épocas pretéritas. Se diría sentirse fatigada con la sacra carga; se diría que era titánica empresa, superior a sus fuerzas, conducir las reliquias del transformador y redentor de una República, del genio admirado a lo largo del Continente, de los Estados Unidos —donde tantos amigos tuvo— a la Argentina, que le dedicó sentidos homenajes.

El carro fúnebre central, severamente adornado, transportaba la urna cineraria, tallada por artista laureado, y en la que los atributos de la República y el cóndor agonizante eran nobles símbolos. Entre las innumerables ofrendas florales del túmulo, a sus pies, sorprendía una por su belleza sin igual: un ferrocarril formado de albas rosas y violetas. La bizarra Escuela Militar montaba guardia de honor. Con la numerosa y escogida comitiva, iban delegados de los Poderes Públicos, del Cuerpo Diplomático y Consular, de la prensa, de las principales instituciones y

sociedades, de las colonias extranjeras, amén de muchas personas de viso que voluntariamente se agregaron a la peregrinación.

Cada pueblo del tránsito se disputaba el honor de depositar, siquiera un minuto, los restos en las capillas ardientes arregladas a lo largo del camino; cada pueblo del tránsito le rendía sentidos homenajes y cálidas oraciones de despedida.

La partida del convoy estrujaba los corazones. Era como una gigantesca elegía en movimiento. Parecía que algo de nosotros se iba sin remedio; experimentábamos la sensación de la orfandad y del vacío.

Al pasar por la atrevida obra de ingeniería que sobrecoge al viajero, en el kilómetro 133, grandes cartelones llevaban esta inscripción suspendida en el abismo: "Estas rocas atestiguan la gloria de Eloy Alfaro". El fondo del pensamiento era igual en todos, si bien con algunas variantes, a lo largo de la "Nariz del Diablo". ¿Qué monumento más elocuente? Es necesario conocer la "Nariz del Diablo" para darse cuenta de aquella magnitud.

El arribo a Guayaquil no fué de un puñado de cenizas, sino de un triunfador inmortal que, a la evocación colectiva, se había erguido de la pira martirizadora y candente.

En la capital quedaba algo como un soplo de desolación, cual si un padre nos dejase.

Al entornar los párpados, en respetuosa meditación, los ojos de la fantasía renovaban el instante en que el tren solemnemente se puso en marcha. De nuevo se oían las campanas y el pito de la locomotora. La imaginación, al refrescar el viaje imponente, soñaba con la odisea de un gigante, de un Prometeo, caído para siempre, vencido por la fatalidad, al que su pueblo le llevaba en hombros al través de la lejanía, para depositarlo en el solar de sus mayores. Carros y más carros desfilaban ornamentados de tal modo, que a veces, deslumbrados los sentidos, divagaban como en un día de gala; pero al volver a la realidad, meditaban reverentes en el viaje del último héroe de la América, del cíclope sacrificado que, a su desplome, hacía retumbar a la cordillera ecuatorial, a la patria toda.

ALGUNAS OBRAS DE ALEJANDRO ANDRADE COELLO

- La Ley del Progreso.**—Casa de Juan I. Galvez.—Quito.
- Vargas Vila.**—(Ojeada crítica) —Impta. del diario Ecuador.—1912.
- Las Brumas de Antonio C. Toledo.**—Talleres "El Comercio".—1913.
- Algunas ideas acerca de educación.**—2ª edición.—Impta Municipal.—1915.
- Rodó.**—4ª edición.—Imprenta y Enc. Nacionales.—1917.
- El Ecuador Intelectual.**—Córdova (Argentina).—Impta. de Bautista Cubas.—1919.
- Juana de Ibarbourou.**—Imprenta Nacional.—Quito.—1921.
- Motivos Nacionales.**—(dos tomos).—Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios.—1927.
- Centenarios y Milenarios.**—Edición del Ministerio de Educación.—1931.
- Nociones de Literatura General.**—4ª edición.—Quito.—1934.
- El Ocaso de los Conquistadores.**—Imprenta Municipal.—1934.
- Quiteños Auténticos.**—Imprenta Municipal.—1934.
- Recuerdos de Quito.**—La Tola.—Impreso por Néstor Romero.
- Del Quiteño Antiguo.**—Imprenta y Encuadernación "Ecuador".—1935.
- A través de los Libros.**—Impta. Encuadernación "Ecuador".—1935.
- Los Genios.**—Imprenta y Encuadernación "Ecuador" 1935.
- El Libro del Maestro.**—Ruta de la Escuela.—Imprenta y Encuadernación "Ecuador".—1936.
- Manuel J. Calle.**—Orientación Periodística.—Imprenta "Ecuador".—1936.
- Algo sobre la Novela en la América del Sur.**—1937.
- En torno de la Prensa Nacional.**—Imprenta "Ecuador".—1937.
- Mujeres de España.**—La Condesa de Pardo Bazán.—Concepción Arenal.—Concha Espina.—Imprenta "Ecuador".—1937.
- El Niño.**—Notas de la Cartera de un Maestro.—Encuadernación Larrea.—1937.
- Educación del Hogar.**—Impta. "Ecuador".—1940.
- Pinceladas de la Tierrauca.**—(Novela).—Imprenta "Ecuador".—1940.
- La Novela en América.**—(Sus raíces).—1941.
- El Canto de Ahora.**—1941.
- El Vía Crucis del Orador.**—2ª edición refundida.—1942.
- Lecturas Populares.**—1942.
- Tres Poetas de la Música.**—2ª edición aumentada y corregida.—1942.